

nas calabazas vacías, para que acostumbrándose á su vista, se acercasen á ellas sin temor. Entraba el cazador en el agua, ocultando todo el cuerpo debajo de ella, y cubierta la cabeza con otra calabaza vacía; el pato se acercaba para picarla, y él lo cogía por los piés, y lo ahogaba. De este modo cazaba cuantos podía llevar.

Cogían vivas á las culebras, ó atrayéndolas con gran destreza, ó atacándolas intrépidamente, cogiéndolas por el cuello con una mano, y cosiendoles la boca con otra. Todavía se sirven de este género de caza, y continuamente se ven en las boticas de las ciudades, muchas culebras vivas, cogidas de aquel modo.

Mas nada es tan maravilloso como su tino en seguir las fieras por la huella. Aunque no dejen traza ninguna en la tierra por estar esta cubierta de yerba, ó de las hojas secas que caen de los árboles, pueden sin embargo seguirlas, especialmente si están heridas, observando atentísimamente ó las gotas de sangre que dejan en las hojas, ó la yerba que han pisado y abatido (1).

PESCA.

Mas que á la caza eran aficionados los Mexicanos á la pesca, de resultas de la situación de su capital, y de la proximidad del lago de Chalco, tan abundante en peces. En este ejercicio se emplearon desde su llegada al país, y con la pesca se proveían de todo cuanto necesitaban. Los instrumentos de que mas frecuentemente se servían, eran la red, el anzuelo, la nasa y otros.

Cogían los cocodrilos de dos diferentes modos. El uno era enlazándolos por el cuello; y este era el mas común, segun dice el Dr. Hernandez, aunque no explica la manera de ejecutar una acción tan arrojada contra tan terrible animal. El otro modo, que

[1] Aun es mas maravilloso lo que se ve en los Taramaras, en los Opatas y en otros pueblos de mas allá del trópico; pues por la observacion de las pisadas de sus enemigos los Apaches, conocen el tiempo de su tránsito. Lo mismo se refiere de los Yucatecos.

aun está en práctica, es el mismo de que se servían los egipcios, contra los célebres cocodrilos del Nilo. Presentábase el pescador, llevando en la mano un baston fuerte, cuyas dos puntas eran agudísimas. Cuando la bestia abría la boca para devorarlo, le metía el baston en la boca, y yendo á cerrarla el cocodrilo, quedaba clavado por las dos puntas. El pescador aguardaba que se debilitase con la pérdida de sangre, y le daba muerte.

COMERCIO.

La pesca, la caza, la agricultura y las artes, suministraban á los Mexicanos otros tantos ramos de comercio. Empezaron á practicarlo en el país de Anáhuac, desde su establecimiento en las islas del lago de Texcoco. Con el pescado, y con las esteras que hacían de los juncos del lago, compraban el maiz, el algodón, la piedra, la cal y la madera de que necesitaban para su subsistencia, ropa y habitaciones. A medida que se engrandecían con las armas, aumentaban y ampliaban el comercio: así que, limitado este al principio á los alrededores de la ciudad, se estendió despues á las provincias mas remotas. Había infinitos traficantes mexicanos que iban continuamente de ciudad en ciudad, comprando géneros en una, y vendiéndolos en otra.

En todos los pueblos del imperio mexicano, y del vasto país de Anáhuac, había mercado diario; pero de cinco en cinco días tenían uno general. Los pueblos poco distantes entre sí, celebraban este gran mercado en diferentes días, para no perjudicarse unos á otros; pero en la capital se tenía en los días de la casa, del conejo, de la caña y del pedernal, que en el primer año del siglo, eran el tercero, el octavo, el decimotercio y el decimoctavo de cada mes.

Para dar una idea de estos mercados, ó ferias tan célebres en los escritos de los historiadores mexicanos, bastará decir algo del de la capital. Este, hasta los tiempos de Axayacatl, se había hecho en la plaza que estaba delante del palacio del rey; pero des-

pues de la conquista de Tlatelolco, se trasportó á este barrio. La plaza de Tlatelolco, era, segun dice Cortés, dos veces mayor que la de Salamanca, una de las mas hermosas de España (1), cuadrada y redeada de pórticos, para comodidad de los traficantes. Cada especie de mercancía se vendía en un sitio señalado por los jueces del comercio. En uno estaban las pedrerías, y las alhajas de oro y plata, en otro los tejidos de algodón, en otro las labores de plumas, y así los demas; no siendo lícito vender unos géneros en los puestos destinados á otros. Como en la plaza, aunque grande, no podían colocarse todas las mercancías, sin estorbar el paso y la circulación, se dejaban en el canal ó en las calles inmediatas, las mas voluminosas, como las piedras, las vigas y otras semejantes. El número de mercaderes que concurría diariamente al mercado, pasaba, segun Cortés, de cincuenta mil (2). Los renglones que allí se vendían y permutaban, eran tantos y tan varios, que los historiadores que los vieron, despues de haber hecho de ellos una larga y prolija enumeración, concluyen diciendo que era imposible comprenderlos todos. Yo, sin apartarme de su relación, procuraré abrazarlos en pocas palabras, á fin de no causar molestia á los lectores. Iban á venderse ó cambiarse en aquella plaza todas las producciones del imperio mexicano, y de los países vecinos que podían servir á las necesidades de la vida, y á la comodidad, al deleite, á la curiosidad y á la vanidad del hombre; innumerables especies de animales muertos y vivos; todas las clases de comestibles de que usaban; todos los metales y piedras preciosas que cono-

[1] En tres ediciones de las Cartas de Cortés que he visto, se lee que la plaza de Tlatelolco era dos veces mayor que la ciudad de Salamanca, debiendo decir, que la de la ciudad de Salamanca.

[2] Aunque Cortés afirma que concurrían diariamente á la plaza de Tlatelolco mas de 50,000 personas, parece que debía entenderse del gran mercado de cada cinco días; pues el conquistador auónimo, que escribe con mas individualidad, dice que la concurrencia diaria era de 20 á 25,000, y la del gran mercado de 40 á 50,000, como dice Cortés.

cion; todos los simples medicinales, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales; todos los medicamentos que sabían preparar, como bebidas, confecciones, aceites, emplastos y unguentos; todo género de manufactura y trabajo de hilo de maguey, de palma silvestre, de algodón, de plumas, de pelo de animales, de madera, de piedra, de oro, de plata y de cobre. Vendíanse tambien esclavos, y barcas enteras de estiércol humano para preparar las pieles de los animales. En fin, al mercado se llevaba todo lo que se vendía en la ciudad, pues no había tiendas ni se compraba nada fuera de aquel sitio, si no es los comestibles. Allí concurrían los alfareros y los joyistas de Cholula, los plateros de Azcapozalco, los pintores de Texcoco, los zapateros de Tenayocan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuiclahuac, los fruteros de los países calientes, los fabricantes de esteras y bancos de Cuauh-titlan, y los floristas de Xochimilco.

MONEDA.

El comercio, no solo se hacía por medio de cambios, como dicen algunos autores, sino tambien por compra y venta. Tenían cinco clases de moneda corriente, aunque ninguna acuñada, que les servían de precio para comprar lo que querían. La primera era una especie de cacao, diferente del que les servía para sus bebidas, y que giraba sin cesar entre las manos de los traficantes, como la moneda de cobre ó la plata menuda entre nosotros. Contaban el cacao por xichipilli, que, como ya he dicho, valía ocho mil; y para ahorrarse el trabajo de contar, cuando la mercancía era de gran valor, calculaban por sacos, estimado cada uno de ellos en valor de tres xichipillis, ó veinticuatro mil almendras. La segunda especie de moneda consistía en unos pedazillos de tela de algodón, que llamaban patolcuachtli, y que casi únicamente servían para comprar los renglones de primera necesidad. La tercera era el oro en grano, contenido en plumas de ánade, las cuales por su transparencia dejaban ver el precioso metal que

contenian, y segun su grueso, eran de mayor ó menor precio. La cuarta, que mas se aproximaba á la moneda acuñada, consistia en unos pedazos de cobre, cortados en figura de T, y solo servian para los objetos de poco valor. La quinta, de que hace mencion Cortés en sus Cartas, eran unos pedazos de estaño.

Vendíanse y permutábanse las mercancías por número y por medida: pero no sabemos que se sirviesen de peso, ó porque lo creyesen espuesto á fraudes, como dicen algunos escritores, ó porque no lo juzgasen necesario, como dicen otros, ó porque si lo usaron en efecto, no llegó á noticia de los españoles (1).

#### ORDEN EN LOS MERCADOS.

Para impedir los fraudes en los contratos, y el desórden en los negocios, habia ciertos comisarios que giraban continuamente por el mercado, observando cuanto en él pasaba; y un tribunal de comercio, compuesto de doce jueces, que tenian sus sesiones en una casa de la plaza, y se encargaban de decidir las disputas entre los traficantes, y de entender en todos los delitos cometidos en el mercado. De todos los efectos que se introducian en él, se pagaban derechos al rey, el cual por su parte se obligaba á que los mercaderes tuvieran la imparcial administracion de la justicia, y la seguridad de sus bienes y personas. Raras veces se veia un robo en el mercado: tal era la vigilancia de los empleados, y tan pronto y riguroso el castigo que se les imponia. Pero ¿qué extraño es que se castigase el hurto, cuando ni aun se toleraban desórdenes mucho menores? El laborioso y sincero Motolinia, cuenta como testigo ocular, que habiendo te-

[1] Gomara dice que los Mexicanos no conocian la invencion del peso; pero no es verosímil que una nacion tan laboriosa y traficante, ignorase la utilidad de pesar los géneros de comercio, cuando de otras mucho ménos cultas del continente americano, consta, segun el mismo autor, que se servian de balanzas para pesar el oro. ¿Cuántas cosas se ignoran de la antigüedad americana por falta de investigaciones diligentes y oportunas!

nido dos mugeres, una disputa en el mercado de Texcoco, y habiéndose atrevido una de ellas á poner las manos en la otra y hacerle sangre, con horror del pueblo que no estaba acostumbrado á semejantes escesos en aquel lugar, la culpable fué inmediatamente condenada á muerte. Todos los españoles que concurrieron á aquellos mercados, los celebran con singulares elogios, y no hallan palabras con que describir su bella disposicion, y el órden admirable que reinaba en tan gran muchedumbre de traficantes y mercancías.

Los mercados de Texcoco, Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco y otros pueblos, se celebraban del mismo modo que el de México. Del de Tlaxcala afirma Cortés que concurrían á él diariamente mas de treinta mil vendedores, aunque quizas deberá entenderse esto del mercado grande. Del de Tepeyacac, que no era ciudad muy considerable, dice el mismo Motolinia, que veinte y cuatro años despues de la conquista, cuando ya estaba muy decaido el comercio de aquellos pueblos, no se vendian en el mercado de cada cinco dias, ménos de ocho mil gallinas europeas, y que otras tantas se vendian en Acapetlayocan.

#### USOS DE LOS TRAFICANTES EN SUS VIAJES.

Cuando un traficante ó mercader queria emprender un largo viaje, convidaba á comer á los principales de su profesion que, por su edad, no salian á las mismas expediciones; les declaraba su intento, y los motivos que tenia para trasladarse á otros paises. Los convidados alababan su resolucion, lo estimulaban á seguir las huellas de sus abuelos, especialmente si aquel era el primer viaje, y le daban consejos saludables para su manejo y conducta. Viajaban por lo comun muchos juntos, para mayor seguridad. Cada uno llevaba en la mano un baston negro y liso, que decian ser la imágen de su dios Tacateuctli, y con él se creian seguros de toda clase de peligros. Cuando llegaban á una posada, reunian y ataban todos los bastones, les tributaban culto, á

por la noche se sacaban sangre dos ó tres veces, en honor de aquella divinidad. Durante el tiempo de la ausencia del mercader, su muger y sus hijos no se lavaban la cabeza, (aunque podian bañarse), sino de ochenta en ochenta dias, tanto en señal de pesadumbre, como por atraerse con aquella penitencia la proteccion de los dioses. Si el mercader moria en la expedicion, se enviaba la noticia á los mercaderes mas ancianos de su pais, y estos la comunicaban á sus parientes, los cuales inmediatamente hacian una estatua de pino, que representaba al difunto, y celebraban con ella todas las ceremonias fúnebres, como si fuera el cadáver verdadero.

#### CAMINOS, POSADAS, BARCAS, PUENTES, &C.

Para comodidad de los traficantes y otros viajeros, habia caminos públicos, que se componian todos los años, pasada la estacion de las lluvias. En los montes y en los sitios desiertos habia casas labradas á propósito para albergar á los caminantes; y en los rios, barcas, puentes y otras máquinas en que podian fácilmente pasarse. Las barcas eran cuadradas, chatas, sin quilla ni palos, ni velas, ni otro artificio que los remos para manejarlas. Eran varias sus dimensiones. Las mas pequeñas apenas llevaban dos ó tres personas, pero las habia para veinte ó treinta. Algunas eran hechas de un tronco de árbol hueco. El número de las que navegaban continuamente en el lago mexicano, pasaba de cincuenta mil, segun los antiguos historiadores. Ademas de las barcas, se servian para el paso de los rios, de un amaño particular, llamado *balsa* por los españoles. Era un tablado cuadrado, y de cerca de cinco piés de largo, compuesto de otatli ó cañas sólidas, atadas sobre algunas calabazas grandes, duras y vacías. Sentábase en ella cuatro ó cinco pasajeros á la vez, y eran conducidos de una orilla á otra, por uno, dos ó cuatro nadadores, que tomaban un ángulo de la balsa con una mano, y nadaban con la otra. Todavía se usa de es-

te artificio léjos de la capital, y yo pasé así un rio de la Mixteca el año de 1739. Es un modo seguro de atravesar los rios, cuando la corriente es igual ó tranquila; pero arriesgado en las impetuosas y rápidas.

Sus puentes eran de piedra ó de madera; pero los primeros no eran muy comunes. El puente mas singular de los usados en aquellos paises, era el que los españoles llamaron *hamaca*. Era un tejido de cuerdas naturales de cierto árbol, mas flexible que el mimbre, pero mas grueso y fuerte, llamado en América *bejuco*, cuyas estremidades colgaban de dos árboles de las orillas opuestas, quedando el tejido colgando en medio, á guisa de columpio (1). Todavía se ven puentes de esta especie en algunos rios. Los españoles no se atreven á pasarlos; pero los indios lo hacen con tanta intrepidez, como si pasasen el mas sólido puente de piedra, sin curarse de las oscilaciones del tejido, ni de la profundidad de la corriente. En general puede decirse, que siendo todos los antiguos Mexicanos buenos nadadores, no tenian necesidad de puente, sino cuando por la rapidez del agua, ó por el peso que llevaban al hombro, no podian pasar á nado.

Nada nos dicen los historiadores del comercio marítimo de los Mexicanos. Probablemente no seria de mucha importancia; y sus barcas, que apenas se alejaban de la costa, en uno y otro mar, serian principalmente empleados en la pesca. Donde se hacia mayor tráfico por agua, era en el lago mexicano. Toda la piedra, la leña, la madera, el pescado; la mayor parte del maiz, de las legumbres, de las flores y de las frutas, se trasportaban por agua: el comercio de la capital con Texcoco, con Xochimilco, con Chalco, con Cuitlahuac y con las otras ciudades del lago, se hacia tambien por agua; por lo que no es extraño que hubiese el gran número de barcos de que ya se ha hecho mencion.

[1] Algunos puentes tienen las cuerdas tan tirantes que no vacilan, y todos están atados á los árboles con las mismas cuerdas de que se componen.

HOMBRES DE CARGA.

Lo que no se trasportaba por agua, se llevaba al hombro; y para esto habia una infinidad de hombres de carga, llamados *Tlamama*, ó *Tlamemé*. Acostumbrábanse desde niños á aquel ejercicio, en que habian de emplearse toda su vida. La carga regular era de cerca de sesenta libras, y el camino diario que hacían, quince millas; pero hacían viajes de doscientas y trescientas millas, atravesando á veces escabrosas malezas y montes empinados. A tan insoportables fatigas los condenaba la falta de bestias de carga, y aun hoy día, á pesar de abundar estas en aquellos países, se ve frecuentemente á los Mexicanos emprender grandes caminatas con una buena carga al hombro. Transportaban el algodón, el maiz y otros efectos en los *petlacallis*, que eran unas cajas hechas de cierta especie de cañas, y cubiertas de cuero, las cuales eran ligeras y preservaban al mismo tiempo las mercancías de las injurias del sol y del agua. Usan las los españoles en sus viajes, y les dan el nombre de *petacas*.

LENGUA MEXICANA.

No perjudicaban al comercio mexicano las muchas y diferentes lenguas que se hablaban en aquellos países; porque en todos se aprendía y hablaba la mexicana, que era la dominante. Esta era la lengua propia y natural de los Acolhuas y de los Aztecas (1), y segun he dicho en otra parte, la de los Chichimecas y Toltecas.

La lengua mexicana, de que voy á dar alguna idea á los lectores, carece enteramente de las consonantes B, D, F, G, R y S. Abun-

(1) Boturini dice que la excelencia de la lengua mexicana fué causa de que la adoptasen los Chichimecas, los Mexicanos y los Teochichimecas, dejando sus idiomas nativos; pero ademas de que esta opinion es opuesta á la de todos los historiadores, y á la de los indios, no se halla en la historia la menor traza de semejante cambio. ¿Cuándo se ha visto una nacion dejar su lengua por otra mejor, y especialmente una nacion como la mexicana, y todas las otras de aquellos países, tan adictas á sus respectivos idiomas?

dan en ella la L, la X, la T, la Z, y los sonidos compuestos TL y TZ; pero con hacer tanto uso de la L, no hay una sola palabra que empiece con aquella letra. Tampoco hay voces agudas, sino tal cual vocativo. Casi todas las palabras tienen la penúltima sílaba larga. Sus aspiraciones son suaves, y ninguna de ellas es nasal.

A pesar de la falta de aquellas seis consonantes, es idioma rico, culto y sumamente expresivo: por lo que la han elogiado extraordinariamente todos los europeos que la han aprendido, y muchos la han creído superior á la griega y á la latina; pero aunque yo conozco sus singulares ventajas, nunca osaré compararla á la primera de aquellas dos lenguas clásicas (1).

De su abundancia tenemos una buena prueba en la Historia Natural del Dr. Hernandez; pues describiendo en ella mil y doscientas plantas del país de Anáhuac, doscientas y mas especies de pájaros, y un gran número de cuadrúpedos, reptiles, insectos y metales, apenas hay un objeto de estos al que no dé su nombre propio. Pero ¿qué extraño es que abunde en voces significativas de objetos materiales, cuando ninguna le falta de las que se necesitan para espresar las cosas espirituales? Los mas altos misterios de nuestra religion se hallan bien esplicados en lengua mexicana, sin necesidad de emplear voces estrangeras. El P. Acosta se maravilla de que teniendo idea los Mexicanos de la existencia de un Ser Supremo, Criador del cielo y de la tierra, carezcan de una voz correspondiente al *Dios* de los españoles, al *Deus* de los latinos, al *Theos* de los griegos, al *El* de los hebreos y al *Alah* de los árabes; por lo que los predicadores se han visto obligados á servirse del nombre español. Pero si este autor hubiese tenido alguna noticia de la lengua mexicana, hubiera sabido que lo mismo significa el *Teotl* de aquel idioma, que el *Theos* de los griegos; y que la

[1] Entre los encomiadores de la lengua mexicana, se hallan algunos franceses y flamencos, y muchos alemanes, italianos y españoles.

razon que tuvieron los predicadores para servirse de la voz *Dios*, no fué otra que su excesivo escrúpulo, pues así como quemaron las pinturas históricas de los Mexicanos, sospechando en ellas alguna supersticion, de lo que se queja con razon el mismo Acosta, así tambien desecharon el nombre *Teotl*, porque había servido para significar los falsos númenes que aquellos pueblos adoraban. Pero ¿no hubiera sido mejor adoptar el ejemplo de San Pablo, el cual hallando en Grecia adoptado el nombre *Theos*, para espresar unos dioses mucho mas abominables que los de los Mexicanos, no solo se abstuvo de obligar á los griegos á adorar el *El*, ó el *Adonai* de los hebreos, sino que se sirvió de la voz nacional, haciendo que desde entónces en adelante se entendiese por ella un Ser infinitamente perfecto, supremo y eterno? En efecto, muchos hombres sabios que han escrito despues en lengua mexicana, se han valido sin inconveniente del nombre *Teotl*, así como se sirven de *Ipalnemoani*, *Tloque*, *Nahuoque* y otros que significan Ser Supremo, y que los Mexicanos aplicaban á su Dios invisible. En una de mis Disertaciones daré una lista de los autores que han escrito en mexicano sobre la religion y sobre la moral cristiana; otra de los nombres numerales de aquella lengua, y otra de las voces significativas de las cosas metafísicas y morales, para confundir la ignorancia y la insolencia de un autor francés (1), que se atrevió á publicar que los Mexicanos no podían contar mas allá del número tres, ni espresar ideas morales y metafísicas, y que por la dureza de aquella lengua no ha habido español que haya podido pronunciarla. Daré sus voces numerales con que podían contar hasta cuarenta y ocho millones, á lo ménos, y haré ver cuan comun ha sido entre los españoles aquella lengua, y cuan bien la han sabido los que en ella han escrito.

Faltan á la lengua mexicana, como á la

(1) El autor de la obra intitulada *Recherches Philosophiques sur les Américains*.

hebrea y á la francesa, los nombres superlativos, y, como á la hebrea y á la mayor parte de las vivas de Europa, los comparativos; pero los suplen con ciertas partículas equivalentes á las que en aquellas lenguas se adoptan con el mismo fin. Es mas abundante que la italiana en diminutivos y aumentativos, y mas que la inglesa y todas las conocidas, en nombres verbales y abstractos, pues apenas hay verbo de que no se formen verbales, y apenas hay sustantivo y adjetivo, de que no se formen abstractos. Ni es ménos fecunda en verbos que en nombres, pues de cada verbo salen otros muchos de diferente significacion. *Chihua* es hacer; *chichihua*, hacer aprisa; *chihuilia*, hacer á otro; *chihualtia*, mandar hacer; *chihuatiuh*, ir á hacer; *chihuaco*, venir á hacer; *chiuhtih*, ir haciendo &c. Mas pudiera decir sobre este asunto, si me fuera lícito traspasar los límites de la historia.

El modo de conversar en mexicano varía segun la condicion de la persona de quien se habla, ó con quien se habla; para lo cual sirven ciertas partículas que denotan respeto, y que se añaden á los nombres, á los verbos, á las proposiciones y á los adverbios. *Talli* quiere decir padre; *amota*, vuestro padre; *amotatzin*, vuestro señor padre. *Tleco* es subir; pero usado como mandato á una persona inferior, es *xitleco*: si como ruego á un superior ó persona respetable, *ximoltecahui*; y si aun se quiere manifestar todavia mas sumision, *maximoltecahuitzino*. Esta variedad, que tanta urbanidad y cultura da al idioma, no lo hace por eso mas difícil, porque depende de reglas fijas y fáciles, en términos que no creo que exista uno que lo esceda en método y regularidad.

Los Mexicanos tienen, como los griegos y otras naciones, la ventaja de componer una palabra de dos, tres, y cuatro simples; pero lo hacen con mas economía que los griegos, porque estos adoptan las voces casi enteras en la composicion, y los Mexicanos las cortan, quitándoles sílabas, ó á lo ménos letras. *Tlazotli* quiere decir apreciado ó amado; *mahuiztic*, honrado y reveren-

ciado; *teopixqui*, sacerdote; voz compuesta tambien de *Teotl*, Dios, y del verbo *pia* que significa guardar; *talli* es padre, como ya hemos dicho. Para formar de estas cinco palabras una sola, quitán ocho consonantes y cuatro vocales, y dicen, por ejemplo, *no-tlazomahuixteopixcatatzin*, que quiere decir, mi apreciable señor padre y reverenciado sacerdote, añadiendo el *no*, que corresponde al pronombre *mio*, é igualmente el *tzin*, que es partícula reverencial. Esta palabra es familiarísima á los indios cuando hablan con los sacerdotes, y especialmente cuando se confiesan; y aunque se compone de tantas letras, no es de las mayores que tienen, pues hay algunas que por causa de las muchas voces de que se componen, tienen hasta quince ó diez y seis sílabas.

De estas composiciones se valen para dar en una sola voz la definicion ó la descripción de un objeto. Así se ve en los nombres de animales y plantas, que se hallan en la Historia Natural de Hernandez, y en los de los pueblos, que tan frecuentemente ocurren en la historia. Casi todos los nombres que impusieron á las ciudades y villas del imperio mexicano, son compuestos, y espresan la situacion ó localidad de aquel punto, ó alguna accion memorable de que fué teatro. Hay muchas locuciones espresivas, que son otras tantas hipotiposis de los objetos, y particularmente en asunto de amor. En fin, todos los que aprenden aquella lengua, y ven su abundancia, su regularidad y sus hermosísimas espresiones, son de parecer que semejante idioma no puede haber sido el de un pueblo bárbaro.

ORATORIA Y POESIA.

En una nacion que poseía tan hermoso idioma no podían faltar oradores y poetas. Cultivaron en efecto los Mexicanos aquellas artes, aunque estuvieron muy léjos de conocer sus ventajas. Los que se destinaban á la oratoria, se acostumbraban desde niños á hablar con elegancia, y aprendían de memoria las mas famosas arengas de sus mayores, que la tradicion conservaba, tras-

mitiéndolas de padres á hijos. Su elocuencia lucia especialmente en las embajadas, en los consejos, y en las arengas gratulatorias que se dirigian á los nuevos reyes. Aunque sus mas célebres arengadores no pueden compararse con los oradores de las naciones cultas de Europa, es preciso confesar que sabian emplear graves raciocinios, y argumentos sólidos y elegantes, como se echa de ver en los trozos que se conservan de su elocuencia. Aun hoy, reducidos á tanta humillacion, y privados de sus antiguas instituciones, hacen en sus juntas razonamientos tan justos y bien coordinados, que causan maravilla á quien los oye.

Los poetas eran aun mas numerosos que los arengadores. Sus versos observaban el metro y la cadencia. En los fragmentos que aun existen, hay versos que, en medio de las voces significativas, tienen ciertas interjecciones, ó sílabas privadas de significacion, que solo sirven para ajustarse al metro; mas quizás este era un abuso de que solo echaban mano los poetastros. Su lenguaje poético era puro, ameno, brillante, figurado, y lleno de comparaciones con los objetos mas agradables de la naturaleza, como las flores, los árboles, los arroyos &c. En la poesía era donde con mas frecuencia se servian de las voces compuestas, y solian ser tan largas que con una sola se formaba un verso de los mayores.

Los argumentos de sus composiciones eran muy variados. Componian himnos en honor de sus dioses, ó para implorar los bienes de que necesitaban, y los cantaban en los templos y en los bailes sacros; poemas históricos en que se referian los sucesos de la nacion y las acciones gloriosas de sus héroes, y estos se cantaban [en los bailes profanos; odas que contenian alguna moralidad ó documento útil; finalmente, piezas amatorias, ó descriptivas de la caza ó de algun otro asunto agradable, para cantarlas en los regocijos públicos del sétimo mes. Los compositores eran por lo comun los sacerdotes, y enseñaban las poesías á los niños, á fin de que las cantasen cuando llegasen á ma-

yor edad. En otra parte he hecho mencion de las composiciones poéticas del célebre rey Nezahualcoyotl. El aprecio que aquel monarca hacia de la poesía, impulsó á sus súbditos á cultivarla, y multiplicó los poetas en su corte. De uno de estos se cuenta en los anales de aquel reino, que habiendo sido condenado á muerte por no sé qué delito, hizo en la cárcel unos versos, en los cuales se despedia del mundo de un modo tan tierno y tan patético, que los músicos de palacio, sus amigos, formaron el proyecto de cantarlos al rey, y este se enterneció de tal manera, que concedió la vida al reo: suceso extraordinario en la historia de Acolhuacan, en que solo se hallan ejemplos de la mayor severidad. Quisiera tener á las manos algunos fragmentos de los que he visto de la poesía de aquellas naciones, para satisfacer la curiosidad del público (1).

TEATRO MEXICANO.

No solamente apreciaban los Mexicanos la poesía lírica, sino tambien la dramática. El teatro en que representaban sus dramas era un terraplen cuadrado, descubierto, situado en la plaza del mercado, ó en el atrio inferior de algun templo, y bastante alto para poder ser visto por todos los espectadores. El que habia en la plaza de Tlatelolco, era de piedra y cal, segun afirma Cortés: tenia trece piés de alto, y de largo, por cada lado, treinta pasos.

Boturini dice que las comedias mexicanas eran escelentes, y que entre las antigüedades que poseía en su curioso museo, habia dos composiciones dramáticas sobre las célebres apariciones de la madre de Dios al neófito Mexicano Juan Diego, en las que se notaba singular delicadeza, y dulzura en la espresion. Yo no he visto ninguna obra de esta especie, y aunque no dudo de la suavidad del lenguaje usado en ellas, jamas podré creer que observasen las reglas del drama, ni que mereciesen los pomposos elogios

(1) El P. Horacio Carochi, docto jesuita milanés, publicó algunos versos elegantes de los antiguos Mexicanos, en su escelente Gramática mexicana, impresa en México á mitad del siglo pasado.

que les da aquel escritor. Algo mas digna de crédito, y mas conforme al carácter de aquellos pueblos, es la descripción de su teatro y de sus representaciones, dada por el P. Acosta, en la que hace mencion de las que se daban en Cholula, con motivo de la fiesta del dios Quetzalcoatl. "Habia, dice, en el atrio del templo de aquel dios, un pequeño teatro de treinta piés en cuadro, curiosamente blanqueado, que adornaban con ramos, y aseaban con el mayor esmero, guarneciéndolo con arcos de plumas y flores, y suspendiendo en ellos pájaros, conejos y otros objetos curiosos (1). Allí se reunia el pueblo despues de comer. Presentábanse los actores, y hacian sus representaciones burlescas, fingiéndose sordos, resfriados, cojos, ciegos y tullidos, los cuales figuraban ir á pedir la salud al ídolo. Los sordos respondian despropósitos; los resfriados, tosiendo; los cojos, cojeando, y todos referian sus males y miserias, con lo que escitaban la risa del auditorio. Seguian otros actores que hacian el papel de diferentes animales: unos vestidos á guisa de escarabajos, otros de sapos, otros de lagartijas, y se esplicaban unos á otros sus respectivas funciones, cada uno ponderando las suyas. Eran muy aplaudidos, porque sabian desempeñar sus papeles con sumo ingenio. Venian despues unos muchachos del templo con alas de mariposa y de pájaros de diferentes colores, y subiendo á los árboles, dispuestos al efecto, les tiraban los sacerdotes bolas de barro con las cerbatanas, añadiendo espresiones ridículas en favor de unos, y en contra de otros. Por fin se hacia un gran baile compuesto de todos los actores, y así terminaba la funcion. Esto se hacia en las fiestas mas solemnes (2)." Esta des-

(1) Los indios usan todavía los mismos adornos de arcos, hechos con diferentes especies de frutas, flores y animales. Los que yo vi dispuestos para la procesion del Corpus en el pueblo de Xamiltépec, capital de la provincia de Xicayan, eran de las cosas mas bellas y curiosas que se puede imaginar.

(2) Acosta, Historia natural y moral de los indios, lib. V, cap. 29.